

Basta citar los nombres de los padres Taraval, Torquemada, Cortés, Picolo, Feyjoó, por sobrenombre el Plinio americano, Monardo Oviedo, d'Acosta, Crosag y Fernando Fernández, que legó al Escorial 17 volúmenes de descripciones. Podrá agregarse á estos nombres los del padre Feuillée, franciscano; de los padres Gumilla y Camello, y gran número de otros franciscanos.

CAPITULO III.

Historia del descubrimiento.

Digamos dos palabras acerca de los primeros navegantes que pusieron el pié en esta tierra nueva. ¡Ah! el primer nombre que se presenta es el de un asesino, el piloto Jiménez. Habiendo muerto á D. Diego Becerra, uno de los jefes al servicio de Fernando Cortés, Jimenez, dueño del navío, abordó á fines de 1533 á las riberas de la Bahía de la Paz: pero, muerto con todos sus compañeros, recibió el justo castigo de su crimen.

Fernando Cortés, á quien los reveses y las injusticias no habian abatido, equipó mas tarde tres navíos á su costa, y seguido de una tropa de

us et Franciscus Hernandez. haud quaquam Alexandro et Aristoteli in hac parte concederent.

700 hombres, tanto negros como españoles, después de una navegacion de quince dias reconoció la costa meridional de la California, fundeando en la bahía el 3 de Mayo. Al abordar, el primer espectáculo que se presentó á su vista fué el de observar, regados por la ribera, los escudos, las espadas y las osamentas del traidor Jiménez y de sus compañeros.

Antes del arribo de los jesuitas á la California habian ya aparecido sobre las costas algunos predicadores del Evangelio.

Desde 1538 el provincial de los franciscanos, Marcos de Niza, penetró en el norte de la California y anunció allí el Evangelio durante muchos meses. Aprovechó su corta residencia para modificar las ideas generalmente recibidas sobre la falta de civilizacion de esos pueblos.

Fué necesario, sin embargo, rebajar un poco de su magnífica pintura luego que Vazquez Coronado, guiado por los franciscanos, conquistó la comarca. Encontró, en efecto, siete ciudades, pero que no contenian arriba de 400 habitantes y cuyas casas no eran mas que chozas.

Los estrechos límites á que queremos ceñirnos nonos permiten hablar de las difíciles expediciones de Francisco Alarcon (1), cuya memo-

1 En 1539 Ulloa reconoció toda la costa, desde la Paz hasta la embocadura del rio Colorado, en el fondo del mar Bermejo. Se aseguró de que ambas costas se juntaban y de que la California es una península.

Hernando Alarcon dejó Acapulco en 1540, pene-

ria está ligada con la del cautiverio de Francisco I, de Miguel López y de Rodriguez Cabrillo en 1543, de Legarpi en 1546; no menos que de las de Bartolomé Ferreto, del virey Velasco (1), que tuvieron mejor éxito. Es sabido que John Oxenham, jefe de filibusteros, penetró tambien, en 1575, á la California, y que el famoso Drake (2) entró en el puerto de los Reyes en 1579.

tró hasta el fondo del mar Bermejo, ascendió el rio Colorado llevando embarcaciones por un espacio de 85 leguas, y regresó pocos meses después sin haber vuelto á encontrar el Colorado. La exploracion de Hernando Alarcon duró dos años; se elevó hasta los 40°, y no encontró vestigio alguno de las ciudades fabulosas de Cihola y de Quiriva, que fray Marco de Niza pretendió haber descubierto en sus anteriores viajes.

Duflot de Mofras, Oregon, tom. I, pág. 94 y 95.

1 En 1564 fué enviada una expedicion á California por el virey D. Luis de Velasco, en tanto que otra iba á tomar posesion definitiva de las Filipinas.

Duflot de Mofras, Oregon, t. I, p. 97.

2 Sir Francis Drake se vió obligado á volver á descender hasta los 38°, en cuya posicion echó el ancla en el Puerto de los Reyes situado entre los de S. Francisco y la Bodega.

Drake no tuvo conocimiento de estos dos últimos puertos; y aunque arribó á California 37 años después que Cabrillo, los ingleses no han vacilado en dar á todo el país el nombre de Nuevo-Albion, tratando de este modo de atribuirse el honor del descubrimiento,

Duflot de Mofras, Oregon, t. I, p. 98.

En 1596 se hizo otra tentativa por el capitan Sebastian Vizcaino, de órden de Felipe III. Tomó posesion de la tierra á nombre del rey de España sin oposicion alguna de los indios.

No entraremos en detalles sobre esta gloriosa y arriesgada expedicion; nos bastará citar las palabras de Mr. Ferdinand Denis: "Vizcaino debe aumentar la lista de hombres eminentes que no llegaron á alcanzar el fin que se propusieran, durante una vida de trabajo y de pruebas: murió al hacer los preparativos de una tercera expedicion." (1) Juan de Iturbe obtuvo en 1615 el permiso de pasar á California. Después de hacer algunos descubrimientos fué arrojado á la provincia de Sinaloa, en donde hubiera perecido, lo mismo que sus compañeros, si no le hubiese socorrido con la mas ardiente caridad en la villa de Ahomé, el padre de Rivas, provincial de los jesuitas en la Nueva España.

La relacion de las enormes ganancias realizadas por algunos aventureros en las costas de la California excitó la codicia de otros mu-

1 El general Sebastian de Vizcaya, pasó allí con cinco religiosos de S. Francisco. Volvió en 1602 á expensas de Felipe III, con tres religiosos carmelitas, y desembarcó en la costa opuesta á la California en 1606; allí recibió órden de su soberano para pasar á la costa occidental de esta isla y de establecer una colonia en el puerto de Monterey, situado en la parte septentrional.

Atlas por de-Fer.

chos. En 1628, un capitán, Antonio Bastan, ofreció al rey de España hacer esta conquista á sus propias expensas, siempre que se le otorgasen los privilegios necesarios; Francisco Ortega (1) obtuvo este permiso. Mas feliz que los que le precedieron llegó á reconocer toda la costa, desde san Bernabé hasta la Paz. Ortega recogió gran cantidad de perlas y dió muy favorables informes acerca de los naturales del país. Tenia por compañero en esta expedición á D. Diego de la Nava, á quien el obispo de Guadalajara nombró vicario de la California. Mas tarde, en 1634, Ortega, que fundaba grandes esperanzas en la conversión de los indios al cristianismo, obtuvo que fuese nombrado un segundo vicario, Juan de Zúñiga. Desgraciadamente los prósperos sucesos de Ortega fueron minorándose poco á poco y bien pronto se vió obligado á hacerse á la vela para México, por carencia de todo y con designio de buscar recursos y refuerzos. Se disponia á partir de nuevo para la California cuando supo que su piloto, Estéban Carbonel, que lo habia calumniado ante el virey, acababa de recibir autorización para emprender la conquista después de haber suplantado á su patrón. Este infiel servidor se hizo á la vela en 1536, lleno de orgullo

1 De 1616 á 1635, bajo el gobierno del marqués de Guadalcazar, virey de la Nueva-España, D. Juan de Iturbe, Francisco Ortega y el piloto Carbonel hicieron reconocimientos en el mar Bermejo y volvieron trayendo perlas de una belleza y valor enormes. Puffot de Mofras, Oregon, t. I. p. 101.

y de esperanzas, pero quedaron frustradas; (1) y después de inútiles y desgraciadas tentativas, Carbonel volvió á México en donde Ortega fué testigo de su confesion y del vituperio universal de que aquel era objeto.

“En 1642 D. Luis Cestin de Cañas fué á reconocer una parte de la costa, en union del padre Jacinto Cortés, al cual pertenece la gloria de haber intentado las primeras misiones regulares, mientras que la pesca de perlas parece haber sido el fin que atraía hácia estas regiones. (2)

En 1642, Pacheco, marqués de Villena, determinó á Felipe IV á que le encargase una nueva expedición obtuvo del provincial Luis de Bonifaz un misionero, y este dió cuenta de su viaje. Descubrieron varias islas á las cuales dieron el nombre de san José. Los isleños, reconocidos á la protección que les habian dispensado los españoles que venian á buscar perlas, contra los guaicuros, dieron muchas señales de gozo y de amistad á los viajeros. El padre Cortés, encantado de estas buenas disposicio-

1 De 1635 á 1640, el almirante D. Pedro Pontes dirigió algunas expediciones á la California.

“Las Californias” por Mr. Ferdinand Denis.

2 En 1642, el virey, duque de Escalona, envió á este país al gobernador de Sinaloa con algunos individuos de la Compañía de Jesús, para fundar misiones y civilizar á los indios.

Duffot de Mofras, Oregon, t. I, p. 102.

nes, deseaba con ansia evangelizarlos y solicitó ardientemente esta gracia. Remontaron en seguida la costa en un espacio de 40 leguas al oeste de la Paz. El gobernador envió cantidad considerable de perlas que se habia recogido.

Por ese tiempo se pusieron en juego intrigas contra el virey (marques de Villena), que fué reemplazado desgraciadamente por el Sr. Palafox de Mendoza, obispo de la Puebla de los Angeles. Cerralvo, de regreso á España, no tuvo dificultad para confundir á sus acusadores, y el rey Felipe IV se apresuró á hacerle justicia invitándole á que volviese á México. El marqués prefirió no hacerlo por no emprender de nuevo un viaje tan distante y arriesgado; así fué que su alta capacidad fué aprovechada en la corte, confiándole el vireinato de Sicilia. Aun allí se ocupó todavía de la preciosa conquista de la California y sus consejos determinaron al gobierno á armar otra nueva expedicion con el doble objeto de adquirir este bello floron para la corona de España, no menos que de hacer entrar esta comarca al gremio de la Iglesia. El almirante Casanata, llegado á México á fines de 1643, obtuvo del nuevo virey (conde de Salvatierra) todos los recursos necesarios, y de acuerdo con él confió á los jesuitas la direccion espiritual de la escuadra y de la California. El provincial Bonifaz puso á disposicion del almirante y del virey todos los religiosos de su órden. Los padres Cortés y Andrés Baez, misioneros en Sinaloa, fueron nom-

brados para acompañar al almirante; (1) pero Casanata no fué mas feliz que el capitan Lazcunilla con sus franciscanos. Los corsarios ingleses recorrían aquellos mares. Incendiaron estos dos de las embarcaciones, la expedicion se suspendió, y cuando se hizo otra tentativa en 1648 fracasó definitivamente por la imposibilidad de establecer una guarnicion sobre la costa oriental del golfo.

Felipe IV envió una nueva expedicion en 1667 al mando del almirante Penadeso, pero le faltaron recursos. Por último, en el reinado de Carlos II el consejo de Indias comprendió la importancia de fundar un establecimiento en la costa de California. En 1683 D Isidro Ortando tomó á su cargo la direccion de esta grande empresa; arribó al puerto de la Paz acompañado de los padres Knio, (2) Copart y Goni. A su vista los indios se llenaron de terror acordándose, sin duda, de las crueldades ejercidas por

1 El odio de estos pueblos contra el nombre español fué entonces extinguido, gracias á la benevolencia de sus evangelizadores, dice un autor.

2 En 1683 el almirante Ortando se trasladó á la Paz con los dos padres jesuitas Salvatierra y Eusebio Knio (Khn), sabio astrónomo de Ingolstadt. A contar desde esa época los religiosos se hallaron investidos de la administracion civil, eclesiástica y militar de las misiones. Lograron convertir en poco tiempo toda la Baja California y es digno de servir de modelo el plan que adoptaron.

Dufflot de Mofras, Oregon, t. I, p. 103.

los españoles; pero los misioneros, en esta vez, iban allí para ablandar la dureza de los conquistadores y tranquilizar á los pobres indios; parecia que habían escrito en su bandera: "Yo los he atraído por medio de los halagos que hacen ganar el corazón de los hombres; los de la caridad, etc." Oseas, cap. XI, v. IV.

Los buenos padres persuadieron á los soldados á que se retiraran, y adelantándose ellos con su fisonomía serena y tranquila ofrecieron á los indígenas ligeros regalos y algunas provisiones. Estos no tardaron en acercarse ya confiados á los padres, y aun en mezclarse por entre los soldados que los colmaban de señales amistosas. El almirante Ortando, con el doble fin de divertir á los indios y de hacerles concebir temor por las armas de fuego, ordenó hacer un corto ejercicio que los llenó de admiración y terror. Escogió á los mas robustos de sus arqueros, y colocando las fornituras de cuero á cierta distancia ordenó á ocho indios que disparasen sus flechas contra esa especie de escudos. Las flechas se embotaron como si hubiesen sido plumas, gracias á la dureza é impenetrabilidad del cuero de las fornituras. En seguida, hizo señal á dos soldados de descargar sus mosquetes, siempre hácia el mismo blanco; las fornituras se hicieron girones y fueron pasadas de parte á parte en medio de una formidable detonación; esto fué bastante para garantizar en lo adelante á los españoles contra todo insulto. Cuando los pobres indígenas hubieron oído, además, la palabra de paz y la *buena nueva*

les fué anunciada, su corazón se ensanchó para dar acceso á las santas doctrinas; ¡tan cierto es que todo hombre ha nacido para la verdad, y que tiene en sí, á pesar de la culpa original, aquel germen divino de salvación que á todos se ha concedido por la redención y que no espera para brotar y desarrollarse mas que un rayo del sol de justicia!

Se levantó una capilla provisional y algunas chozas con enramada. Ortando envió dos compañías al interior; la una dirigió su marcha al Sud-Oeste de la Paz. Los padres Knio y Guioja fueron en la primera; la segunda fué dirigida por el padre Goni. Ambas tuvieron que vencer grandes dificultades: bosques impenetrables, falta de agua, rocas y precipicios, desconfianza de parte de los indios, temor ocasionado por los guaicuros, tribu cruel y á la cual vieron colocarse en línea de batalla dispuesta á una agresión. Los españoles, á fin de dispersar esas masas, se preparaban á dar fuego á un pedrero que ciertamente habria sembrado el espanto y la muerte en las filas de los guaicuros, cuando repentinamente el almirante hizo seña á los artilleros para que se detuviesen y avanzó intrépidamente solo hácia los salvajes encarándose con el jefe, á quien habló con una firmeza é intrepidez tales, que al momento las dos fuerzas, movidas por este heroico paso se retiraron tranquilamente. La paz estaba, pues, concluida, salvo algunas vagas desconfianzas que reinaban aun y que tomaron un carácter bastante serio á consecuencia de un hecho que vamos á referir.

Un jóven mulato desapareció del campo; se creyó al principio que se habia retirado voluntariamente é ídose con los guaicuros. Poco después corrió el rumor de que estos últimos lo habian muerto. El almirante, queriendo averiguar el supuesto caso, hizo prender y arrestar al jefe de los guaicuros. Esta via de hecho irritó en extremo á los salvajes que formaron un complot á fin de tomar una señalada venganza por la captura de su jefe; la alarma cundió por el campo; las tropas, consternadas, no quisieron obedecer. Cuando se presentaron los indios en número de quinientos en la pendiente de la montaña, fué disparado contra ellos un pedrero que mató gran número, hirjó á muchos é hizo retirar á los demás á lo interior del bosque. Estas matanzas inútiles, ordenadas por el almirante, solo sirvieron para aumentar el terror singular que experimentaba la guarnicion debilitada y descontenta por la escasez de víveres. En su estado de abatimiento creia ver precipitarse sobre ella á todas las tribus vecinas. Por fin, las murmuraciones estallaron; el almirante, turbado con el temor de un complot contra su vida, dejó el puerto de la Paz el 14 de Julio, pero sin abandonar el proyecto de desembarcar en una costa mas favorable.

El 6 de Octubre arribó por segunda vez á una gran bahía, á que denominó "San Bruno", (á los 26° de latitud). Sin pérdida de tiempo tomó consigo á los tres misioneros y algunos soldados para ir en busca de agua dulce; y no obstante la aridez de estos parajes la descubrió

á media legua de la costa. El lugar era de aspecto favorable, y los indios que lo habitaban se mostraron dóciles. En este punto estableció su centro de guarnicion. Hizo levantar, como lo habia hecho ya en otra ocasion, una capilla y cabañas ó chozas en su derredor; en seguida dió orden á sus embarcaciones para hacerse á la vela hácia el punto de su partida con el fin de dar cuenta al virey del éxito de la expedicion. Esta vez tomó solamente posesion de la California á nombre del rey católico, con un ceremonial enteramente español y un aparato que jamás habian presenciado aquellos desiertos.

Hecho esto, volvió á ponerse en marcha seguido de los misioneros y se dirigió al Oeste. En todo el discurso de su viaje trató con dulzura á los indios, atrayéndoselos con mejor resultado que sus predecesores. Los ministros de paz de que iba acompañado dieron á su mision un carácter de mansedumbre evangélica; no era para el rey de España, sino para un rey superior, para quien tomaban posesion de aquel nuevo mundo.

La caminata fué penosa durante tres días; después se encontraron con una montaña que era preciso subir á pié. En lo alto de esta montaña se encontraba una gran planicie recién abandonada por los habitantes. Llegados cerca de un estanque, los españoles encontraron algunos indios que arrojaron en tierra sus arcos y sus flechas en señal de amistad. Los misioneros, algo familiarizados ya con el idioma del país, les invitaron afablemente á reunírseles,

interrogándolos en seguida sobre las distancias y producciones de aquellos lugares. Esta excursión fué continuada á través de landas ásperas é incultas y luchando con numerosos obstáculos. Por último, después de un viaje de mas de cincuenta leguas en que no descubrieron ni el mas ligero camino abierto, los españoles volvieron al punto de partida.

Un año entero se empleó en viajes de reconocimiento. Los jesuitas se ejercitaban en hablar el idioma inculto y material de los indígenas y lograron de este modo traducir para esas pobres gentes los principales artículos del catecismo. Pero ¿cómo explicarles, entre otros, el gran misterio de la resurrección de Jesucristo, por el cual fué consumada nuestra redención? Hé aquí como refiere el padre Knio, escribiendo al padre Henry Scheves, el ingenioso medio de que se valieron: "Para explicarles la resurrección, los misioneros tomaron algunas moscas y en presencia de los indios las tuvieron sumergidas en agua hasta que parecieron como muertas. Las cubrieron en seguida con ceniza, y las pusieron al sol lo que las hizo revivir al instante. Los indios parecieron tan admirados, que exclamaban: *Ibimu hueite, ibimu hueite*. Los jesuitas escribieron entonces estas palabras de que se sirvieron para designar la resurrección del Salvador y la de los muertos; y no han necesitado otras después para explicar esos dos misterios."

Los misioneros concebían, no sin fundamento, las mas bellas esperanzas, pero el almirante

estaba muy lejos de mostrarse satisfecho: el país no correspondía á la idea que se diera de él, y desesperaba de fundar un establecimiento duradero. Despachó hácia la cota á un capitán con el fin de buscar un punto mejor situado. Mientras volvía, Ortando reunió un consejo compuesto de los oficiales y misioneros: en él trató de interrogar y que cada uno expusiese su opinión. Los oficiales, en razón de la esterilidad del suelo y de la insalubridad de los establecimientos de san Bruno, piden alejarse de allí en el momento, en tanto que los misioneros, ligados ya por los vínculos de caridad con aquellas familias indígenas que se convertían todos los días, decían como san Pablo: "No solo lo daría todo gustoso, sino que me daría á mí mismo por la salvación de sus almas. Tened paciencia por poco tiempo, aun hace siete meses que no cae una sola gota de agua, y esta es la causa de la esterilidad y de la insalubridad de que os quejáis: aguardad las próximas lluvias, y el estado de la campiña cambiará."

La opinión de los oficiales prevaleció; los enfermos fueron embarcados; el almirante se hizo á la vela para Sinaloa.

Las pesquisas del capitán fueron infructuosas. Se volvió á san Bruno en donde los víveres no tardaron en faltar. Desde ese momento era necesario renunciar á ese establecimiento. Después de varias correrías se embarcó para México. Llegado allí, hizo presentes las observaciones recogidas y los accidentes que desgraciaron la expedición. La conquista de la Ca-

lifornia se juzgó impracticable por los medios empleados hasta entonces. Se pretendió encomendarla á la Compañía de Jesús, mediante una retribucion que se fijaria amigablemente. Esto pasaba en 1636. La Compañía no aceptó la oferta, pero propuso, como lo habia hecho hasta entonces, proporcionar los misioneros: diversos proyectos fueron discutidos sin resultado. El real tesoro se agotó en estas tentativas que duraron cerca de dos siglos, mas lo que no se ha agotado es el celo y el fervor evangélico de los misioneros. "El amor es firme é inmoble como el infierno. las grandes corrientes no han podido extinguirlo, las aguas de los rios no han podido arrastrarlo consigo. (Cántico de los Cánticos, cap. VIII, v. 6 y 7)."—"Dios, dice un historiador, parecia aguardar á que los hombres reconociesen su debilidad para desplegar la fuerza de su brazo y para confundir el orgullo del mundo por medio de los mas débiles instrumentos. Tal vez no quiso favorecer las primeras expediciones á la California, porque no tuvieron por objeto sino los bienes temporales, y la religion no fué mas que un motivo secundario."

Vamos, pues, á seguir con la vista y con el pensamiento, á algunos de aquellos hombres á quienes ni la codicia del oro, ni la sed de honores, sino el solo amor á la humanidad, inseparable del celo por la gloria de Dios, llevaron á aquellos parajes inexplorados. ¡Cosa extraña! De todas las pasiones que nacen y se agitan en el corazon del hombre una sola hay que sea

realmente fecunda para el bien, y es aquella que, desdenando los bienes de la tierra, toma su origen de lo infinito y no tiene otro término de sus esperanzas que lo infinito. Ningun sufrimiento, ó si se quiere, ninguna pasion es meritoria. Su fin es el que la ennoblece, la consagra. Sufrir por arrancar el oro de las entrañas de la tierra, sufrir por mandar á los demás, por imponerles un yugo; sufrir por realizar un paraíso de deleites terrenales, todo este es un sufrimiento egoista, una pasion interesada, trabajo estéril y reprobado. ¡Oh! ¡Cuán bueno es Dios por haber dotado á ciertos hombres del amor del bien, como en compensacion de tantas miserables pasiones!—La pasion de hacer el bien, en vez de ser ciega como las otras, es toda luz; un rayo de lo alto ha descendido sobre ella para inflammarla, guiarla y hacerla inmortal. ¡Qué hombres tan santamente apasionados los fervorosos y humildes misioneros de la California! A aquellos jesuitas que se embarcaron llenos de fe y de confianza, nada hará falta. Ellos tendrán vigor para soportar el trabajo y la fatiga, intrepidez para arrostrar los peligros; ellos tendrán la sabiduría que gobierna, la prudencia que administra y dirige, el genio que inventa, la perseverancia que no desmaya por nada y que cambia los obstáculos en instrumento de suceso. Cada uno de esos hombres mereceria ser contemplado aisladamente; pero, destaquémoslos de ese grupo glorioso en que quieren confundirse, y, fieles al pensamiento de union y de amor que los inspiraba, hagámoslos aparecer todos

juntos ante el lector benévolo, dispuesto, como nosotros, á admirar todo lo que es bello, á amar todo lo que es noble y generoso.

CAPITULO IV.

LOS MISIONEROS.

Desde luego se nos presenta el padre Salvatierra, cuyo solo nombre arranca una feliz exclamacion de Mr. de Maistre. (1)

1 ¿Por qué no citar aquí textualmente la bella nota de Mr. de Maistre? "El padre Salvatierra (bello nombre para un misionero) llamado con justicia el apóstol de la California, se atraía á las tribus mas salvajes que pueda imaginarse y por lo mismo mas intratables, sin mas armas que un laúd que pulsaba con destreza; se ponía á cantar: "In voi credo, o Dio "mie! etc. (en vos creo, ¡oh mi Dios!") Hombres y mujeres le rodeaban y le escuchaban en silencio.— Muratori dice, hablando de este hombre admirable: "Pare favola quella d'Orfeo; ma chi sa che non sia succeduto in simil caso?" (Parece la fábula de Orfeo; pero, ¿quién no sabe lo que pasa en semejantes casos?) Solo los misioneros han comprendido y demostrado la verdad de esta fábula de Orfeo. Se observa tambien que ellos acertaron con la verdadera especie

Juan María Salvatierra, uno de los hombres mas distinguidos de la Compañía, supo, en el alto rango en que su nacimiento lo colocara, renunciar á todas las seducciones de la gloria para aspirar á una vida de abnegacion y de absoluta consagracion á Dios entrando en la Compañía de Jesús. A una constitucion robusta, á un juicio recto, añadia un carácter intrépido, un espíritu firme y resuelto, una feliz reunion, en fin, de virtudes y de talentos. Habia dado muestras de las unas y de los otros durante muchos años en las misiones de la Tarahumara, y después, en su calidad de visitador de las de Sonora y Sinaloa. El padre Knio le encontró en esta última region y no pudo menos de reconocer en él el futuro apóstol de la California. Le confió gustoso ciertos proyectos que hacia muchos años meditaba. Lleno de ardor y de esperanza, el padre Salvatierra se dirigió á la California no obstante la oposicion de tres provinciales (1) que miraban esta empresa como irrealizable. La audiencia de Guadalajara y el virey, desalentados con el recuerdo de las desgraciadas tentativas de Ortando, y además, por la es-

de música digna de asociarse á esas grandes creaciones. Enviadnos, decian á sus amigos de Europa, enviadnos las composiciones de los grandes maestros de Italia. Per essere armoniosis-simi, senza tanti imbrogli di violini obligati, etc. [Para producir armonías sin tanta complicacion de instrumentos, etc.]

Muratori, "Cristianismo feliz." Venecia, 1752, in 8º cap. XII. pág. 284.

1 Oddon, Almonacis, Palacios.